

## CAMINAR EN DIOS: LOS PADRES DEL DESIERTO

### Transformar la armonía musical en melodía espiritual

La *Historia Monachorum in Aegypto* narra cómo Dios envió a un ángel para informar a Paphnutius sobre un virtuoso tocador de flauta que igualaba al ermitaño en su deseo de santidad. El santo hombre se fue rápidamente a visitar a este *virtuoso* y descubrió que se trataba de un ex bandido que había mudado totalmente su anterior estilo de vida. Como antídoto a su existencia previa, extravagante y desenfrenada, prefería ahora las flautas y su música. Al declararse pecador, bebedor y fornicador, el ex ladrón comprendió que había grandemente abusado de la creación de Dios. Por consiguiente había tomado la decisión de tocar la melodía de la creación con sus flautas y procurar enderezar sus anteriores fechorías.

Insatisfecho, sin embargo, con esta respuesta, el santo Paphnutius pidió al músico que le nombrara las buenas acciones por él realizadas. El flautista no pudo recordar más que dos. Una vez había rescatado a una monja a punto de ser violada por unos ladrones. Y otra vez había pagado los impuestos y sus atrasos, algo así como trescientos monedas de oro, que una pareja debía, pero que no tenía, rescatando así al hombre de la cárcel y a su mujer de la

desesperación. Por fin el ermitaño comprendió por qué el ángel del Señor le envió donde el flautista: éste podía mostrar la misericordia y la providencia de Dios mejor que él. El sabio padre entonces comparó su "formación continua" - o *ascesis* con la conversión del ex bandido y le invitó a que diera un paso más:

*"Así, hermano, si Dios te tiene en tan alta estima, no seas negligente y no dejes el destino de tu alma al azar". El hombre, que tenía sus flautas en la mano, las tiró al instante, y transformando su armonía musical en melodía espiritual, siguió al padre en el desierto. Tras practicar ascesis por tres años con todas sus fuerzas y esmerándose en ocupar todo el tiempo restante en himnos y oraciones, emprendió su camino hacia el cielo, y descansó en paz uniéndose al coro de los santos y en compañía de los justos"?*

Al leer los relatos y las experiencias de los Padres del Desierto, el lector contemporáneo tiene que decidir si quiere entrar en un mundo de fantasía y gozar de los cuentos "improbables" que han rodeado la aureola de ascetas de un tiempo muy remoto.' Pero el lector puede, asimismo, optar por estremecerse ante el extraño y temerario estilo de vida que se empeñaron en vivir esos pioneros de la vida religiosa. Ahora bien, después de haber leído algo al respecto, empiezan a surgir en la mente unos interrogantes de más calado: ¿No eran más que extremistas religiosos? ¿O eran algo más? ¿Se sentían frustrados por haber vivido demasiado tiempo, como para merecer el martirio? ¿O estaban abriendo realmente nuevas sendas y teniendo nuevos enfoques que los llevaban hacia el Dios a quien tanto querían?

Una brecha cultural separa su mundo del nuestro. Si uno quiere tratar de llenar esa brecha y ahondar en sus motivaciones, más que en sus prácticas espirituales, sus historias podrían llegar a ser significativas como lo fueron en el primer milenio del Cristianismo. Plasmaron la espiritualidad de muchos creyentes, dejando una huella imborrable en las nacientes órdenes mendicantes, e inspiraron a muchos en el tiempo de la Reforma y del Concilio de Trento. De improviso, individuos pintorescos y sensatos, vuelven a la vida, con sus sueños y sus fracasos, con sus deseos y sus dificultades, sus afectos y sus búsquedas. Y al caminar por la vida interpelando al espíritu humano, podrían también decir: "En la vida nunca hay un momento que sea aburrido".

Al igual que el flautista, no temían escudriñar sus propios límites y considerarlos como la fuente posible de armonía musical. Con Paphnutius, los convirtieron en melodía espiritual, al embarcarse al azar por caminos que, quizás, los iban a llevar hacia Dios.

#### Agarrar a Dios

En la historia arriba citada, Paphnutius hubiera podido servirse de Dios como de su propio "espejo mágico", como algo que sale de un cuento de Hans Christian Anderson. Al igual que la bruja malvada, él quería saber si alguien era más santo que él, pero, al contrario que ella, ejerció la humildad y deseó seguir creciendo. Por medio de la visita a una persona más santa que él pudo aprender cómo acercarse mejor a Dios. En otra ocasión, se fue al jefe de una aldea que, después de tres años de casado y con tres hijos, tuvo que separarse de su mujer. A pesar de las dificultades que puede encontrar un hombre en un hogar mono-parental, siguió practicando la justicia y la hospitalidad; acogió a los extranjeros en nombre de Dios y encarnó la providencia de Dios para con ellos. Y aunque el jefe de la aldea aceptara la alabanza de Paphnutius, acogió también la llamada de éste y abrazó la vida eremítica. Esto supuso elegir un camino que llevaba a una mayor unión con Dios. Poco después, Dios llamó al jefe de la aldea a compartir su gloria en el cielo, y dejó que Paphnutius continuara en su búsqueda.

El santo hombre dio también con un mercante de Alejandría, que estaba pescando en las aguas del Nilo y compartía su mucha riqueza con los pobres y monjes que encontraba. Una vez más, éste siguió el ejemplo de Paphnutius, pero después de una breve estancia en el desierto, Dios de nuevo eligió al mercante, para que fuera ciudadano del cielo. El viejo ermitaño ¡casi llega al borde de la desesperación! He aquí que estaba ayudando a los demás por el camino hacia la santidad y hacia Dios, mientras que a él le dejaban en la estacada, imposibilitado de ir al cielo que tanto deseaba.

Fue entonces cuando aprendió la más dura lección de su vida. La desesperación hubiera podido alejarle de las seguras sendas de la humildad y, por el orgullo, hubiera podido inducirle a no conseguir el objetivo de su vida. Tenía que comprender, todavía, que la santidad no puede ser sencillamente el objeto de una búsqueda deliberada, o el resultado final de un empeño a base de puños. Es gracia de Dios, un don que Dios concede gratuitamente a sus elegidos cuando y como El quiere. Y así como nadie puede adueñarse o tomar posesión del cielo, todos pueden dejarse agarrar por Dios en un entrañable abrazo.

Patermuthius había sido ladrón de profesión, y según los baremos actuales, recibió la más extraña de las llamadas. Una noche, trató de entrar y robar en casa de una mujer. Para hacerlo se subió al tejado, pero llegó un momento en que se bloqueó: no podía ir ni adelante ni atrás. En esa no cierto envidiable posición, tuvo que esperar hasta la mañana siguiente: dormitó un rato y soñó que el emperador le llamaba para un servicio militar especial y a que sirviera con presentadores angélicos. Al día siguiente, la mujer, una presentadora, en cuya casa él había tratado robar, le despertó. Sin perder tiempo, le pidió cómo ir a una iglesia. Allí se fue y pidió hacerse cristiano; quería que Dios le diera la oportunidad de arrepentirse de todas sus fechorías.

Y el ladrón, convertido en asceta, procuró toda su vida tomar el cielo por asalto.

#### Muchas sendas hacia la santidad

Los Dichos de los Padres del Desierto cuentan la historia de un pastor y de su mujer. El nombre del pastor, Eucharistos, era todo un programa. Dos monjes se presentaron ante la pareja para preguntarle sobre su santidad, pero tuvieron que esperar hasta la vuelta del pastor, por la noche. La pareja acogió a los dos buscadores como Abraham acogió a los tres jóvenes en Gn. 18. Cuando los forasteros explicaron la razón de su visita, Eucharistos se puso inquieto. Le pareció que Dios le estuviera pidiendo cuenta de su vida de pareja. Con toda honestidad, explicó cómo había heredado su redil. El y su mujer seguían dividiendo sus entradas en partes iguales: una primera parte la daban a los pobres, una segunda parte la guardaban para la hospitalidad y una tercera parte les servía para paliar sus necesidades. Eligieron, además,

vivir como hermano y hermana; de día, se comportaban como mujer y marido, mientras que, de noche, mortificaban sus cuerpos y daban gloria a Dios.<sup>1</sup>

El portero del monasterio del Padre Isidoro era un tipo intrigante. Funcionaba como una especie de embotellador que unía dos mundos diferentes: el de los monjes y el mundo que éstos habían dejado atrás. No "dejaba nunca que nadie saliese o entrase de no ser que deseara quedarse allí por el resto de su vida sin dejar nunca la clausura". Era generoso con todos, tanto si tomaban una dirección como la otra; distribuía sus dones y compartía con ambos grupos la paz de Dios. Y, sin embargo, aseguraba de que la gente optaba por no cruzar nunca de nuevo aquella verja... por la otra dirección.

La santidad y el amor de Dios se podían encontrar, pues, en el desierto, como en las ciudades y en los pueblos, siempre que la gente viviera a fondo la llamada de Dios respondiéndole con determinación. Con naturalidad, Amma Syncletica pudo comparar al morador de la ciudad con el solitario del desierto:

Hay muchos que viven en las montañas y se comportan como si viviesen en la ciudad, y están perdiendo el tiempo. Es posible ser un solitario en la mente y vivir en medio de una muchedumbre y es posible para un solitario vivir en la multitud de sus propios pensamientos.

Más de una vez, la falta de determinación, más que el pecado, hace perder el camino hacia Dios. Y esto significa, verdaderamente, perder la ocasión de encontrar plenitud en la propia vida, que es única.

Carion estaba casado con una mujer y tenía dos hijos cuando se sintió llamado al desierto. Después de un cierto tiempo, la carestía asoló la tierra y su mujer se fue al desierto con sus dos hijos; buscó a su marido y le pidió que se ocupara de sus retoños. La hija optó por quedarse con su madre, pero el chico corrió tras su padre. Por consiguiente Carion se ocupó lo mejor que pudo de la educación de su hijo. No podía evitar, sin embargo, que otros chismorreasen sobre el que tuviera a un joven a su disposición. Cambió tres veces de aposento para huir de la calumnia. Entonces su hijo, Zecharias, tomó cartas en el asunto: se tiró al nitro y salió con semblante de leproso. Trató, así, de salvar la reputación de su padre y llegó a ser más santo de aquel

que le había engendrado dos veces: por el nacimiento y por la educación monástica.

Macario el Egipcio, uno de los pioneros de Skete, estaba cruzando Nitria con un discípulo. Este se le adelantó y se encontró con un sacerdote de un templo pagano, apodándole de demonio. Para vengar su rabia y herida, el sacerdote ofendido dio al monje una buena *paliza*. El sacerdote siguió caminando y se encontró con Macario que le saludó muy efusivamente, aludiendo además a su aire cansado. El sacerdote pidió a Macario que le explicara el por qué de tal saludo. Y el santo añadió: "¡Te he visto cansado sin que tú sepas que te cansas en vano!" El sacerdote se quedó sorprendido ante las amables palabras de Macario y su cercanía; y así encontró a Dios en el padre, expresó su deseo de ser cristiano y optó por seguir el ejemplo de Macario haciéndose monje.

Macario explicó así la actitud tomada: "Una palabra mala vuelve malo hasta lo que es bueno, mientras que una buena palabra vuelve bueno lo que es malo".

La reputación de Apolo fue creciendo, y muchos monjes dejaron las ermitas y se le unieron, "ofreciéndole el don de sus almas como si fuera un verdadero padre". El discernía su llamada específica, y pedía a algunos que se dedicaran a la contemplación y a otros al ejercicio de virtudes prácticas mientras aprendían a controlar sus pasiones y sus apetitos. " Al descubrir la ubicación de un monasterio en Skete (Wadi Natrun), el desierto al noroeste del Cairo, el autor de la *Historia Monachorum in Aegypto* comentaba: "Fue un viaje muy peligroso para los viajeros. Porque si uno comete aunque sea un pequeño error, puede perderse en el desierto y su vida corre peligro. Todos los monjes han alcanzado la perfección. Y en realidad, nadie con grandes imperfecciones podía quedarse en ese lugar, ya que es accidentado e inhóspito, falto de todas las necesidades para vivir."<sup>53</sup> El mismo autor, probablemente un visitante de la Palestina del siglo IV, dijo esto sobre los monjes que visitó en Egipto:

Vi a muchos padres vivir una vida angelical como si estuviesen firmemente avanzados en la imitación de nuestro divino Salvador... No se ocupan de nada terrenal que pertenezca al mundo pasajero, sino que mientras moran sobre la tierra viven como verdaderos ciudadanos del cielo.

Los Padres del Desierto llegaron a ser testigos vivos de que en el mundo - y en la fe - hay más de lo que los ojos ven. Con su pobreza, sencillez y entrega, cuestionaron y desafiaron a los creyentes que escuchaban sus relatos. Cuestionaban, calladamente, la complacencia de los cristianos contemporáneos y los invitaban a dar en sus vidas la primacía a Dios. Si los abbas y ammas embarcaron su vida a caza de virtudes, lo hicieron para encarnar un ideal más alto que la griega *paideia* - formación o 'construcción de virtudes' - alcanzando así la perfección humana. No dejaron nunca, sin embargo, de vigilar para no caer en las trampas de la presunción y de la vanagloria.

Un día, dos oficiales romanos, - ambos bien vestidos y muy bien equipados - toparon con dos monjes que llevaban el mismo nombre: Macario. Uno de los oficiales les dijo a los monjes: "Dichosos (*makarioí*) ustedes que se han burlado de este mundo". Cuando los dos santos hombres notaron su orgullo, rápidamente obtuvo una respuesta: "Nos hemos burlado del mundo, pero el mundo se burla de nosotros". Ante estas palabras, el pío tribuno se llenó de escrúpulos, abandonó su carrera, distribuyó generosamente muchas limosnas, y se hizo monje.

#### La vida, una dura hazaña

La movilidad - tanto física como espiritual - tiene que haber sido un fenómeno común a los padres del desierto. De tanto en tanto, emprendían camino hacia un "padre" o "una madre" para pedir sabiduría o algún consejo especial que pudiese ayudarlos en su camino hacia Dios. Tanto las Vidas (*Historia Monachorum*) como los Dichos de los Padres (*Apophthegmata Patrum*) proponen esas búsquedas en una sola línea, con una anécdota o una narrativa. Pueden resumirse todas en la palabra, que uno de esos monjes dirigió al Abba Elias: "Abba, dame un camino de vida".

Hasta que Dios los llamó a cruzar serenamente el umbral de la vida y a gozar de su descanso eterno, ellos tenían que seguir avanzando, tanteando y creciendo. Ningún ermitaño pudo dar nunca con la fórmula justa, buena para todos. Dios proporcionó tantos caminos como individuos que El llamó. En las manos de Dios, todos podían volverse instrumentos excelentes y podían ayudar a los creyentes a madurar y a volverse don de Dios para su Iglesia. Lo único necesario: dar el salto. Serapion, pues, reprendió a un hermano por acusarse persistentemente de ser un pecador, indigno del hábito monástico. Pero éste usaba un tal stratagema para evitar cambios. "Hijo mío" le dijo Serapion, "si quieres hacer progresos... y ser humilde, aprende a llevar generosamente lo que los demás te infligen injustamente y no albergues palabras necias en tu corazón".

Un visitante - un cazador - quedó sorprendido viendo al gran Antonio que gastaba su tiempo y se divertía con sus hermanos. El Abba tomó al visitante aparte y le pidió que lanzara una flecha. El santo hombre reiteró su demanda, hasta que el otro se quejó de que el arco podía romperse de tanto uso. Sería éste el destino de gente piadosa, añadió inmediatamente el asceta, que pretende estirarse y estirar sus capacidades al infinito. Por otro lado, el Abba Arsenius - un patricio romano muy cultivado - pudo seguir alabando la dura labor de los campesinos egipcios como el modelo de compromiso para un monje, mientras que despreciaba la excelente educación recibida en Roma como si fuera fruto de un gran esfuerzo que no le había llevado a nada.

Un habitante de Tebaidas se fue a ver al Abba Sisoos y le expresó su deseo de ser monje. El santo hombre le preguntó si seguía teniendo alguna relación íntima. Cuando el hombre contestó que sólo tenía un hijo, el abba le dijo que lo tirara al río y se deshiciera de él. El hombre se fue para cumplir la orden de Sisoos, y el santo rápidamente mandó a otros hombres a que le detuviera de cualquier acción mal aconsejada. El hombre obedeció dos veces a Sisoos: (a) queriendo deshacerse de su hijo y (b) absteniéndose de hacerlo; a través de la obediencia, se preparó a dedicar su vida a Dios. El paralelo con el sacrificio del hijo de Abrahám, Isaac, es más que evidente. Sisoos quería enseñar al visitante que si él tenía relaciones importantes su unión con Dios podría ser una entre tantas, y perder así su valor, y pasar a ser una relación de segunda categoría (o hasta menos importante).<sup>21</sup>

## El gozo, un tesoro difícil de conseguir

Tres padres solían visitar a Antonio regularmente, cada año. Mientras que dos tenían muchos asuntos que referir al abba e iban donde él para la dirección espiritual, el tercero se quedaba mirando sencillamente en silencio y no preguntaba nunca nada. Tras un largo rato, hasta el mismo Antonio deseaba llegar a entender por qué el tercer hombre quedaba en su lugar, y guardaba silencio. Como respuesta, él sólo pronunció estas pocas palabras: "¡A mí me basta con verle, Padre!".

Arsenius oyó decir que el Abba Daniel de Alejandría, sumido en el dolor y en una honda desolación, permanecía echado en la cama, con la mirada perdida. Visitó a Daniel y le preguntó quién fuese esa persona que permanecía echada en la cama con la mirada perdida. Daniel comprendió enseguida la alusión, hizo penitencia, y siguió viviendo su vida en plenitud." Había sólo una cosa que el santo Apolo no podía soportar: la tristeza y la melancolía. Invitaba a cuantos encontraba a regocijarse por la salvación de Dios prometidas a cuantos le buscan. Explicaba que los paganos podían permitirse el lujo de estar tristes y los Judíos podían quejarse; hasta la gente en las ciudades se regocijaba por el éxito de sus asuntos terrenales. Los monjes deberían automáticamente poner de manifiesto que Dios los ha hecho <sup>24</sup>partícipe de su vida y dignos de una gran esperanza.

Un día un visitante fue a verle a Arsenius. Una vez a solas solo con el recluso, el hombre se sintió molesto y se fue. Al visitar al Abba Moisés, la misma persona se sintió acogida; así que se quedó y gozó de la visita. Otro monje estaba mirando las dos escenas y, al final, se quedó muy perplejo. Soñó ver a Arsenius y Moisés ambos en distintos barcos que navegaban por el Nilo; en su barco Arsenius gozaba de la presencia del Espíritu de Dios en paz y en soledad, mientras que Moisés saboreaba dulces de miel con muchos ángeles de Dios. La soledad y la hospitalidad pueden ambas conducir al individuo por su camino de vida y en definitiva llevarle hacia el mismo Dios.

El Abba Apphy fue Obispo de Oxyrrynchos, tras una austera vida monacal. El nuevo oficio se reveló una carga mucho más pesada de lo que el monje había pensado: no podía seguir llevando el mismo estilo de vida dedicado a Dios. Postrado ante El, y lamentando su corazón afligido, recibió del Espíritu Santo la siguiente respuesta: "Cuando tú vivías en soledad y no

había nadie más, Dios era tu ayuda. Ahora que estás en el mundo, tu ayuda es el hombre".

Monjes y ascetas sabían muy bien que el gozo consistía en centrar todo el propio ser y la propia existencia en Dios. Según las palabras de Alonios: "Si un hombre no dice en su corazón, en el mundo estamos sólo yo y Dios, no va a conseguir la paz." Poemen formulaba negativamente la idea de Alonios. Un día cuando el hegumen (o abad) de un monasterio le preguntó a Poemen cómo adquirir el temor de Dios, él contestó: "¿Cómo podemos adquirir el temor de Dios cuando nuestro estómago está lleno de queso y comida en conserva?"

La austeridad y la abnegación son muy distintas de la auto-humillación. Dos anacoretas se fueron a visitar a Amma Sarán y la advirtieron de que no debería tenerse en alta estima después de su visita. Lo hicieron para ponerla a prueba y humillarla. Con gran dignidad ella contestó que si por naturaleza era una mujer y la sociedad esperaba de su parte sumisión a los hombres, "según sus pensamientos" (y por consiguiente según su vida espiritual) era libre de los dictados y en pie de igualdad con los visitantes. El mensaje que quiso transmitir era fuerte y claro: no hubieran tenido que ir a buscarle a ella, sino a encontrar al Señor a través de ella. A otros monjes, que hubiesen podido hacer las cosas mejor, dijo: "Yo soy un hombre, y ustedes son  
.. 28  
mujeres .

Se dice que un hermano visitó al Abba Joseph pidiéndole su bendición antes de que dejara el monasterio y llevara una vida en solitario. Joseph le llevó por los rudimentos del discernimiento preguntándole cuál de las dos opciones daba paz a su alma. Ante la respuesta de que ambas opciones le dejaban en paz y le llevaban aparentemente a Dios, Joseph añadió: "Si estás en paz tanto en el monasterio como en la vida solitaria, pon estos dos pensamientos como encima de una balanza y vete por el camino donde ves que tus pensamientos aprovecharán más y avanzarían mejor." Para explicar el discernimiento, el Abba Poemen se refirió a la imagen de Arrimonas: es como un hacha. Mientras que la mano sin experiencia pasa un rato enorme usando el hacha sin conseguir cortar un árbol, el experto necesita sólo unos pocos golpes para ello.<sup>3C</sup> Amma Syncletica pidió resumir su vida de reclusa como sigue:

Al comienzo hay muchas batallas y un buen número de sufrimiento para los que están avanzando hacia Dios y, luego, un gozo inefable. Es como los que quieren encender un fuego: en un primer momento el humo les llena los ojos y lloran, y por este medio obtienen lo que buscan (como está dicho: "Nuestro Dios es un fuego que consume" [Heb. 12:24]); así que también nosotros debemos encender el fuego divino por medio de lágrimas y ardua labor.

### Entrega y privaciones

Para los Padres del Desierto, la perseverancia y la entrega a su llamado no era nunca un hecho: eran una meta importante que alcanzar pagando un ¡alto precio!

San Antonio dijo al Abba Poemen que la gran labor que los humanos pueden y deben hacer consiste "siempre en culparse de sus propios pecados ante Dios y esperar la tentación hasta el último respiro".<sup>32</sup> Arruma Sarah describía así su llamada: "Saco mi pie para subir la escalera, y pongo la muerte ante mis ojos, antes de subirla".<sup>33</sup> Amma Synlectica comparaba la vida en el desierto con un barco que navega con viento favorable; tras un cierto tiempo llegan vientos adversos y las olas sacuden el barco que pierde su control. Una vez la tempestad sedada, el barco puede navegar de nuevo. "Lo mismo ocurre con nosotros", concluía, "cuando nos llevan espíritus en contra; nos agarramos a la cruz como nuestra vela y así podemos retomar un rumbo

» 34  
seguro .

A Juan de Lycopolis le contaron de un monje que había sido un ejemplo de santidad y de entrega. Hubo un momento en que ese recluso se relajó en su compromiso y, un día, se imaginó que iba a tener un coito. Lo embargó la desesperación y se vio obligado a abandonar su llamada. Al huir de la ciudad, se encontró por casualidad con unos monjes que le ofrecieron amparo y les pidió que le hablaran de Dios. Su consiguiente experiencia de doblez le sacudió: estaba diciendo grandes cosas sobre la conversión y la mortificación, sabiendo que estaba yendo por el camino opuesto. El malestar que sintió ante esta doblez "espiritual" era gracia de Dios. Abandonó sus planes, volvió al desierto, y optó por una mayor mortificación; tuvo que vivir con el hecho de que Dios ya no le estaba ayudando como antes. Un día oyó las palabras:

"Dios ha aceptado tu arrepentimiento y te ha tenido misericordia. En futuro, procura no quedar defraudado".<sup>35</sup>

Las dos grandes preocupaciones de los monjes en el desierto han sido luchar en contra (a) de los pecados de gula y orgullo mediante su auto-mortificación constante y (b) de su sexualidad aborreciendo cualquier forma de contacto físico. Más de una vez los ermitaños hablaban a los visitantes a través de una ventanilla y trataban de mantener al mínimo el contacto visual. Querían que Dios fuera el único objeto de esas conversaciones y de sus encuentros, aunque acogiesen a visitantes en búsqueda de consejo, intercesión y ayuda.

Al dirigirse a sus discípulos, Sopatros les dio un consejo incomparable. Colocó al lado de las ofensas sexuales posibles herejías. Acto seguido amonestó a sus discípulos para que evitaran cualquier contacto con mujeres y literatura apócrifa. ¿Podrían ser extraños 'compañeros de cama' para el monje y el anacoreta que buscaban a Dios con todo su ser? Hasta pidió a sus seguidores que no se enzarzaran en discusiones teológicas sobre la persona humana a imagen de Dios. Parece ser, creía Sopatros, que el tema podría no saberse tratar bien ("hay demasiada ignorancia", *se aventuró a decir*). Además sabía - probablemente por experiencia propia - que las disputas teológicas podrían degenerar en algo peor. Sus discípulos hubieran podido equivocarse, perder su paz interior, y correr el peligro de perder lo único que querían: la unión con Dios.

#### Pasiones y Desesperación

En los primeros siglos, el Cristianismo había considerado a menudo el cuerpo una creación más débil respecto al alma. Se pensaba que lo peor que le podía ocurrir a un asceta era poner su interioridad al servicio de la existencia corporal o de sus pasiones. El Abba Theonas lo dijo de manera sucinta: "Cuando nos apartamos de la contemplación de Dios, nos hacemos esclavos de la pasión carnal". Pityrion, el segundo sucesor de Antonio, exhortaba a sus visitantes a que echaran los demonios dominando las pasiones, mientras que Eulogius reprendió abiertamente a sus monjes quienes, entreteniéndose en pensamientos obscenos, recibían el santo sacramento volviéndose así indignos de la Comunión de Cristo. La renuncia al mundo persiguiendo al

mismo tiempo sus atracciones, convertía rápidamente la paz interior de los monjes en desasosiego; arrojaba su estilo de vida dirigido hacia una única finalidad sobre los bancos de arena de la inestabilidad espiritual, mientras que distracciones y pasiones alejaban de Dios. Para Amma Theodora, la mujer de un tribuno que se volvió asceta, la vida no era sino que una lucha continua:

Es bueno vivir en paz, y para el hombre sabio practicar la oración incesantemente. En verdad, es algo grande para una virgen o un monje vivir en paz, especialmente para los más jóvenes. Ahora bien, tendrías que percartarte de que en cuanto quieres vivir en paz, llega el demonio y desinfla tu alma [depresión y languidez], pusilanimidad y malos pensamientos. Ataca también tu cuerpo por la enfermedad, la debilidad, debilitando tus rodillas, y todos sus miembros. Disipa la fuerza del alma y del cuerpo, para hacer creer que uno está enfermo, incapaz de seguir rezando. Pero si estás alerta, todas estas tentaciones se desvanecen. °

Cuando el discípulo de Antonio, Pablo 'el Simple' descubrió a su mujer en adulterio, huyó de su hogar para pedirle consejo a Antonio. Pidió al santo el permiso de quedarse con él en el desierto, salvándose así de cometer pecado. Antonio ¿Estaba pidiendo Antonio, redimirse de sí mismo y de su decepción?

A menudo el demonio tentaba a los monjes virtuosos para que cumplieren un acto sexual y trababa de encarcelar a los ascetas en las garras del pecado. Un viejo monje le cogió a otro con las manos en la masa, mientras trataba de abusar de un chico que venía a pedir ayuda espiritual. Pero el viejo monje pensó: "Si Dios quien los hizo los ve y no los quema, ¿quién soy yo para juzgarlos?" La tentación podía llevar a los ermitaños - hombres y mujeres - a renunciar a su entrega a Dios y hundirse en los oscuros abismos del pecado habitual, resultado a menudo de odio y desesperación. ¿Cómo podían rescatarse a los ojos de Dios que tanto los amaba, como para poder cuidar de todas sus necesidades?

Lo peor que podía ocurrirle a un monje era la desesperación, la pérdida irremediable de esperanza. El gran Antonio, padre del monaquismo, tuvo que rezar a Dios que le librara de la depresión o languidez (*accidia*)<sup>A4</sup> El tedio venía detrás de la desesperación. Algunos monjes se fueron donde Arrimonas, discípulo de Antonio, para pedirle guía porque la vida se había vuelto

bastante difícil allí donde estaban. Su diagnóstico fue bien preciso: lo único que necesitaban era ser animados por un hermano y un amigo, más que la solicitud de un padre o el cuidado de un doctor. En otra ocasión a Arrimonas, que por aquel entonces era obispo, le llamaron a juzgar a un monje de mala reputación que escondía en su casa a una mujer. Cuando el obispo se fue a investigar el caso, el monje la escondió en un tonel. Arrimonas, consciente del truco del monje, se sentó encima del tonel, y ordenó a los demás monjes que buscaran por todo el lugar. Arrimonas salió el último, y al irse, invitó al malhechor a que se arrepintiera.<sup>45</sup>

Aparentemente los monjes hubieran podido pasar toda la vida sin pedir debidamente perdón por sus pasados pecados. Amma Theodora insistía en que "ni el ascetismo, ni las vigilias ni cualquier tipo de sufrimiento son capaces de salvar, es sólo la humildad que lo hace". 'Al visitar a un hermano en punto de muerte (posiblemente un ex discípulo o un monje que se había ido a vivir en una aldea), Paternuthius le reprendió abiertamente por haberse atrevido a comparecer no preparado ante Dios. Entonces el abba intercedió por él, y le llevó al desierto por tres años. Pasado el tiempo, el santo padre volvió a buscar al anciano. Paternuthius le condujo a su aldea y el hombre murió santamente.

### Conclusión

La *Historia* y los *Apophthegmata* cuentan de los monjes y de los ermitaños que buscaron una palabra especial que pudiera ayudarlos en su camino hacia Dios, y al mismo tiempo multiplicaron los relatos de hechos magníficos y de milagros hechos por los Padres. Ambos libros querían mostrar que Dios realmente estaba con ellos. El Abba Pedro lo resumió todo con estas palabras: "No debemos engreírnos cuando el Señor hace algo mediante nuestra meditación, sino más bien agradecerle el habernos hecho dignos de ser llamados por El." Juan el Enano comparó la vida ascética a un oasis: los

monjes son como árboles diferentes entre sí, cada cual da su fruto. Pero todos sacan el agua de una fuente. "Las prácticas de un santo difieren de las de otro,

48

pero es el mismo Espíritu que actúa en todos ellos".

La melodía espiritual no busca ni espera aplausos y recepción favorable. Sencillamente llena el mundo con la belleza de armonía musical que se comprende si uno se atreve a escucharla. Así lo hicieron los Padres del Desierto: quisieron ser las flautas en las manos del más grande músico: Dios.

Las palabras del Mateo encierran todo un acervo de sabiduría práctica al indicar el esfuerzo de toda la vida de un monje: "Prefiero una actividad ligera y firme, a una que sea dolorosa al comienzo pero que pronto se termina."<sup>49</sup>

MARIO FARRUGIA, S.J., es director del Departamento de Dogma de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma - Italia; profesor de Antropología Teológica; Delegado del Rector para las Relaciones Internacionales de la Universidad Gregoriana; miembro del Consejo de la Federación de las Universidades Católicas Europeas.

## NOTAS

1. El lector contemporáneo tiende a asociar *ascesis* con prácticas ascéticas que los individuos cumplen buscando a Dios en la oración, o la perfección personal por la práctica de la virtud. En griego antiguo y moderno, este término indica hazañas generalmente asociadas con atletas y centros deportivos. (Workouts).

John of Lycopolis creyó que a través de la ascesis el monje apunta a una pacífica transición de unión con el Dios celestial, liberando los apetitos de la pasión. Los monjes querían sencillamente ser los atletas que escuchan a Dios, el premio de sus vidas. Véase B. Ward (ed.), *Historia Monachorum in Aegypto*, I: 29.62; *The Lives of the Desert Fathers* (traducido por N. Russell), Cistercian Publications, Calamazoo MI: 1980, pp. 56.62; cf. nota a pie de página 17, pp. 125-126.

Sobre la *Historia*, véase G. A. Frank, "Miracles, monks, and monuments: the *Historia monachorum in Aegypto* as pilgrim's tales", en D. Frankfurter (ed.), *Pilgrimage and Holy Space in late antique Egypt*, Leiden: E. J. Brill, 1998, pp. 483-505; id., "The *Historia monachorum in Aegypto* and ancient travel writing", E. A. Livingstone (ed.), *Studia Patristica XXX*, Peeters: Louvain 1997, pp. 191-195; C. P. Hammond Bammel, "Problems of the *Historia Monachorum*", *Journal of Theological Studies* 47 (1996) 92-104.

2. *Historia*, XIV: 8-9; B. Ward(ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 95-96. Sobre el significado teológico del desierto, véase B. C. Lañe, "Desert Catechesis: the

landscape and theology of Early Christian Monasticism", *Anglican Theological Review* 75(1993)292-314.

3. Tenemos dos documentos fundacionales, la *Historia Monachorum in Aegypto* y la *Apophthegmata Patrum*. Ellos representan una tradición literaria más amplia. Sobre el estilo de vida de los Padres del desierto, véase C. Dauphin, "The Diet of the Desert Fathers in Late Antique Egypt," *Bulletin of the Anglo-Israel Archaeological Society* 19/20 (2001/2002) 39-63.

4. *Ibid.*, X: 4-5; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 82-83- Tras andar durante mucho tiempo, el agotado Paphnutius dio con una pandilla de ladrones. El jefe lo conocía y le ofreció un vaso de vino pensando que el asceta no iba a beberlo. Cuando el santo hombre lo bebió, el jefe de los ladrones pidió perdón al santo, por haberlo juzgado mal. Paphnutius aprovechó, rápidamente, la ocasión y su ayuda fue decisiva en la conversión del ladrón y de la pandilla. *Apophthegmata Patrum*, Paphnutius: 2; *The Sayings of the Desert Fathers* (traducido por B. Ward), Mowbrays: London 1975, p. 170.

Sobre el *Apophthegmata*, véase W. Harmless, "Remembering Poemen Remembering: The Desert Fathers and the Spirituality of Memory", *Church History* 69 (2000) 3, 483-518.

5. *Historia*, X: 4-5; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 82-83.

6. *Apophthegmata*, Eucaristos: 1; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 51.

7. *Historia*, XVII: 1-2; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 101.

8. *Apophthegmata*, Syncletica: 19; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 196.

9. Cf. *Historia*, XVII: 1-2; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 101.

10. *Apophthegmata*, Carion: 2; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 100.

11. *Ibid.*, Macarius the Great: 39; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 116. Serapio visitó a una prostituta y durante toda la noche rezó en su cuarto. Antes de que despuntara la aurora, ella se arrepintió y quiso cambiar su estilo de vida. El la llevó a un monasterio de vírgenes donde ella plugo a Dios por el resto de su vida. *Ibid.*, Serapion: 1; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 190.

12. *Historia*, VIII: 8.15; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 71-72; cf J. T. Lienhard, "On discernment of spirits in the early church", *Theological Studies* 41 (1980) 505-529.

13. *Ibid.*, XXIII: 1; B. Ward (ed.), p. 113.

14. *Ibid.*, Prologue: 5; B. Ward (ed.), pp. 49-50.

15. *Ibid.*, I: 22; B. Ward (ed.), p. 55.

16. Ibid., XXIII: 3-4; B. Ward (ed.), p. 113. Muchos de los padres del desierto eran iconos vivos de gente que había abandonado una vida disoluta y mediante resolución y entrega llegaron a ser ejemplos vivos de unión con Dios. Cf *ibid.*, I: 37-44; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 57-59.

17. Anima Syncletica alertó sobre los peligros que podría suponer el cambiar monasterios y ermitas: "Si te encuentras en un monasterio no vayas a otro lugar, porque esto te va a perjudicar mucho. Así como el pájaro que abandona sus huevos, impide que los pajaritos vean la luz, así en el monje o en la monja la fe se enfría y desvanece cuando van de un lugar a otro". *Apophthegmata*, Syncletica: 6; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 194.

18. Ibid., Elias: 8; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 61. Abba Teodoro, no aceptó dar esa palabra a un monje que coleccionaba "palabras de vida": "No le hablé porque es un traficante que trata de gloriarse a si mismo con palabras de otros". Ibid., Theodore: 3; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 63.

19. Ibid., Serapion: 4; p. 191.

20. Ibid., Antony: 13, y Arsenius: 5; pp. 3 and 8.

21. Ibid., Sisoës: 10; p. 179.

22. Ibid., Antony: 27; p. 6.

23. Ibid., Arsenius: 23; p. 10.

34. Historia, VIII: 53; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 78.

25. *Apophthegmata*, Arsenius: 38; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 15.

26. Ibid., Apphy: 1; pp. 30-31.

27. Ibid., Alonios: 1, y Poemen: 181; pp. 30 y 161; cf B. C. Lañe, "Desert attentiveness, desert indifference: countercultural spirituality in the desert fathers and mothers", *Cross Currents* 44 (1994) 193-206.

28. Ibid., Sarah: 4.9; p. 193. Fue la que a su derrotado tentador, el demonio, de que Cristo y no ella había vencido sobre los intentos del demonio en contra de ella.

29. Ibid., Joseph of Panephrisis: 8; p. 88.

30. Ibid., Poemen: 51; p. 148.

31. Ibid., Syncletica: 1; p. 193.

32. Ibid., Antony: 4; p. 2.

33. Ibid., Sarah: 6; p. 193.

34. Ibid., *Syncletica*: 9; p. 195.
35. *Historia*, I: 58; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 61.
36. En su interpretación de la *Historia*, Rufino escribía de Juan de Lycopolis: "los que acudían donde él, les hablaba por medio de una ventanilla y desde allí les daba una palabra de Dios para su edificación, o si necesitaban ánimo, su respuesta. Sin embargo ninguna mujer había estado allí, ni siquiera en su campo de visión, y los hombres los veía raramente y en momentos determinados". *Historia*, I: 1; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 142.
37. A monje le pidió a Apolo que intercediera por él ante Dios para que le concediera los dones de humildad y amabilidad. Gente del lugar acudió donde él en un periodo de carestía y pidieron a Apolo comida, y él les dio lo que necesitaban para sobrevivir. Ibid., VIII: 42.44; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 76. Parece que fuera costumbre entre los campesinos el pedir a los monjes que rezaran para una buena cosecha: ibid., X: 26-29; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 80.
38. *Apophthegmata*, Sopatros; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 189.
39. Ibid., Theonas: 1; p. 69.
40. Ibid., Theodora: 3; p. 71.
41. *Historia*, XXIV: 1; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 114.
42. *Apophthegmata*, John the Persian: 1; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 91.
43. *Historia*, I: 36; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, p. 57.
44. *Apophthegmata*, Antony: 1; *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 1.
45. Ibid., Arrimonas: 5.10; pp. 23-24.
46. Ibid., Theodora: 6; p. 72.
47. *Historia*, X: 15-19; B. Ward (ed.), *The Lives of the Desert Fathers*, pp. 84-85.
48. *Apophthegmata*, Peter el Pionita: 4, y Juan el Enano: 43; *The Sayings of the Desert Fathers*, pp. 169 and 81 respectivamente.
49. Ibid., Matoes: 1 *The Sayings of the Desert Fathers*, p. 121.